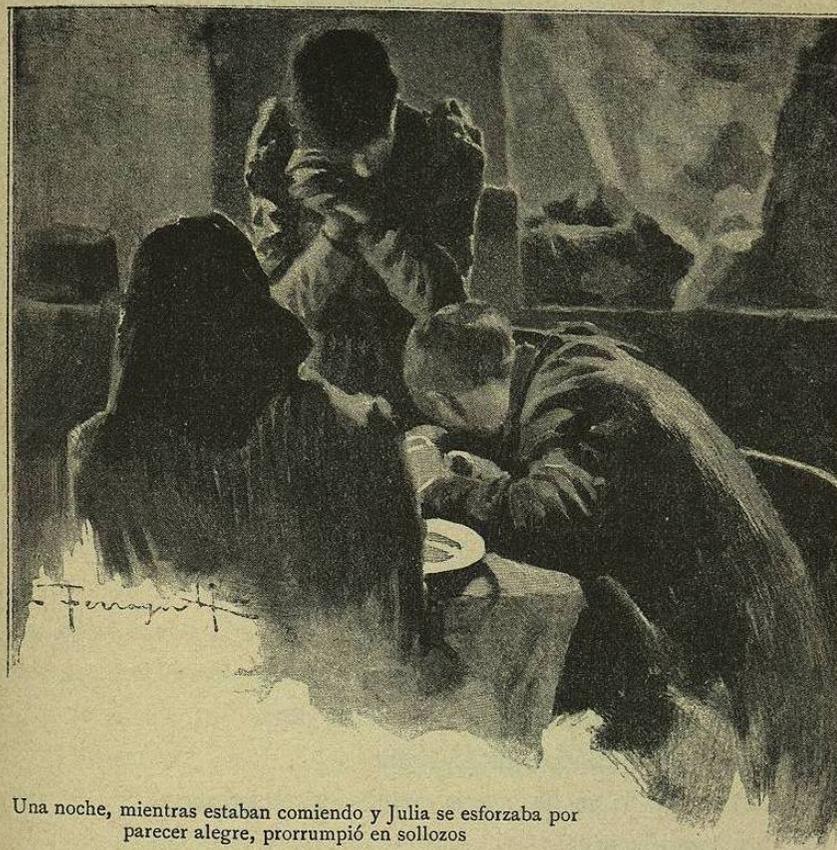


za la poca serenidad que había penetrado en su alma después de los días de la desesperación. Volvía á presagiar un porvenir muy triste. Julia y su madre le habían inducido, y más que inducido, obligado á vivir con ellas como un hermano y un hijo, y él no dudaba un momento que se habrían impuesto de buena voluntad toda clase de sacrificios para seguir teniéndolo en su casa mientras no encontrase medio de vivir. Pero ¿habría tenido valor para aprovecharse más largo tiempo de aquella generosidad? Había aceptado su ofrecimiento, cedido á sus súplicas, con la esperanza de poder salir en pocos días de aquel estado, y apresurarse á pagar su deuda de gratitud á costa de algunas privaciones. Pero los días pasaban y su situación no variaba. Cada vez que se sentaba á la mesa se le oprimía el corazón, por más que las dos buenas mujeres procurasen alegrarle por todos los medios posibles. El sentimiento de orgullo que el abandono, la desesperación y el hambre habían adormecido, se despertaba en él más vivo y celoso que antes, y el sentarse á mesa ajena sin pagar empezaba á parecerle una humillación insoportable. Comprendía los mil sacrificios que aquellas dos pobres mujeres hacían por él, y le asustaba la idea de obligarlas á vivir de aquel modo quizás algunos meses todavía. Habría podido valerse de los ofrecimientos de Ricardo, y pagar el alquiler y manutención con aquel dinero; pero estaba seguro de que Julia espontáneamente y la madre por consejo de su hija jamás habrían aceptado un céntimo que pudieran suponer que se lo hubiera dado otro. Estos pensamientos le ponían de día en día más triste, tristeza aumentada aún por la previsión de que llegara el momento, no remoto, en que debiera alejarse á toda costa de aquella casa, separándose de Julia, cuando precisamente empezaba á amarla, á apreciarla, á admirarla más de lo que hasta entonces la

había admirado; cuando empezaba á sentirse unido á ella por tantos dolores; cuando en lo sucesivo no le parecía la vida halagüeña y apetecible sino por ella.



Una noche, mientras estaban comiendo y Julia se esforzaba por parecer alegre, prorrumpió en sollozos

Una noche, mientras estaban comiendo y Julia se esforzaba por parecer alegre, prorrumpió en sollozos.

## X

Aquella misma noche toda la familia del abogado estaba reunida en el comedor, alrededor de una mesa cubierta con un

tapete verde y alumbrada por una gran lámpara. El padre escribía sin levantar la vista del papel, la madre leía, y á un lado charlaban y jugaban los tres hijos: una niña de ocho años, blanca y rubia como una inglesita, y dos niños, el uno de algo más de seis años y el otro de cinco. La niña tenía los cabellos sueltos y de vez en cuando, riendo, sacudía la cabeza con un movimiento gracioso para echárselos atrás. A cada movimiento que hacía el padre se callaba de pronto y hacía una seña á sus hermanos para que se callasen también; mas al poco rato volvía á hablar en voz baja y á reír. Cuando miraba á su padre con los ojos fijos, la boca entornada y una mano levantada en actitud de decir: «Silencio,» estaba bella como un ángel, y la madre la observaba.

En la mesa, hacia el sitio donde estaban los niños, había un billete de una lira; el mayorcito lo cogió, y acercándolo á la llama de la vela y mirando tímidamente á su padre, dijo en voz baja á su hermana:

— ¿Lo quemó?

— Con tal que no lo quemes todo, aún se podría cambiar, contestó la niña en alta voz, con un acento en el cual se advertía la satisfacción de poder enseñar algo.

El niño replicó que no lo creía.

— Pues yo lo sé de cierto, repuso su hermanita.

— ¿Cómo lo sabes?

— Lo sé porque lo he oído decir, y también lo oíste tú el día que fuimos al Cerro Imperial; y si te acuerdas, aquel señor que nos acompañó hasta la Puerta Romana y hablaba con Carlota, le decía que un amigo suyo había encontrado un billete de cien liras casi todo quemado y se lo había dado á él para que fuese á cambiarlo al Banco por uno entero. Y en el Banco habían visto que en el billete quemado había un nom-

bre, ¿qué sé yo?, un número, y el número demostraba que el billete había sido bueno y por esto se lo cambiaron. ¿Has entendido?

— ¡Señores que acompañan á Carlota!, pensó la madre.

El abogado miró á su mujer y le dijo en voz baja:

— ¿Has oído?

— ¿No es verdad, papá, preguntó la niña, que cuando queda un pedazo de los billetes quemados los admiten en el Banco?

El padre indicó que sí y se puso otra vez á escribir. Al poco rato miró alrededor como si buscase algo; se levantó, cogió una luz y salió del comedor.

Entonces la madre dijo á la niña:

— Amalia, ve á decir á Carlota que vaya á mi cuarto, pues tengo que hablarla.

Dicho esto, se levantó y salió á su vez; Amalia corrió á llevar el recado á Carlota, que era el aya.

A los pocos momentos volvieron las dos al comedor, pero no el abogado.

— ¿Adónde ha ido?, preguntó la señora. Amalia, anda á ver dónde está.

Mientras Amalia se levantaba, su padre entró algo turbado.

— ¿Cómo es que está en nuestra casa este objeto?, preguntó mirando á su mujer y á la niña.

Y enseñó una cosa cuadrada y de color encarnado que llevaba en la mano.

Amalia se puso colorada como la púrpura.

— Ven conmigo, le dijo su padre.

La niña se levantó temblando, y él la cogió de la mano y la sacó de la habitación, dejando á su mujer y á los dos niños

atónitos. De cuarto en cuarto, padre é hija llegaron á una pieza baja, sin ventana, llena de muebles viejos y de cajas, y allí se detuvieron.

El padre acercó la luz á un rincón, y señalando un agujero abierto en la pared preguntó á Amalia:

— ¿Has sido tú la que ha escondido aquí este objeto?

— Sí, contestó la niña.

— ¿Cuánto tiempo hace?

— Un mes.

El padre se quedó un rato pensativo; luego cogió á Amalia de la mano, la llevó á una habitación inmediata, se sentó y le preguntó:

— ¿Cómo ha llegado esto á tus manos?

La niña se echó á llorar.

— Dime la verdad.

Entonces Amalia, temblando, llorando, balbuciendo, contó á su padre que una tarde, mientras correteaba con algunas amiguitas por el jardín Máximo de Azeglio, y en el momento en que daba la vuelta alrededor de un banco, tropezó con aquel objeto, y sin figurarse que pudiera ser otra cosa que un pedazo de cartón, se lo metió en el bolsillo porque era encarnado y le gustaba. Volviendo luego á pasar por aquel mismo sitio, había visto un joven que se lamentaba con las niñas porque los niños se le habían llevado una cosa; ella comprendió que se trataba precisamente del objeto que había recogido del suelo y quería devolverlo; pero se había reunido ya tanta gente y el joven estaba tan enfadado, que no tuvo valor para acercarse á él. De pronto la mujer que la había acompañado al jardín, que era la niñera de los hijos de una señora vecina, la cogió de la mano y se la llevó diciendo: «Vámonos, que aquí va á haber un escándalo;» entonces se arre-

pintió de no haber restituído el objeto y habría querido volver atrás, pero era tarde. Sin embargo, cuando llegó á su casa y vió que aquella cosa encarnada era un retrato, decidió devolverlo á todo trance, y había vuelto al jardín muchas tardes llevando siempre el retrato, con la esperanza de encontrar á aquel joven. Pero no lo había vuelto á ver, y ella, perdida ya toda esperanza, escondió el retrato en aquel cuartito, sin decir nada á Carlota y pensando: «¿Quién sabe? Quizás lo encuentre algún día y entonces se lo podré devolver.»

— ¿Y no has vuelto á ver á ese señor?, le preguntó su padre.

— No, nunca; aquella fué la primera y la última vez.

Su padre, después de mirarla fijamente un rato, le indicó que se marchase, y ella, con la cara aún llena de lágrimas, pero contenta por haber salido tan bien de aquel trance, escapó como un pajarillo. El abogado se quedó pensativo con el retrato en la mano. Lo había encontrado por casualidad en un agujero del cuartito, mientras buscaba otro objeto. Echó una ojeada á la fotografía, y al mirar por el revés la cartulina, hizo un movimiento de sorpresa. En aquella parte había escrito lo siguiente: «A mi hijo Alberto P.» Era el nombre del amanuense á quien había despedido. Debajo de aquel nombre había escrito en gruesos caracteres: «29 de marzo, 27 liras. — Alquiler, 18; pagado. — Restan 9.» Estas nueve liras estaban repartidas, empezando desde el 1.º de abril, en siete partes iguales, un número debajo de otro como para hacer una suma, y al lado de cada número se había añadido en caracteres muy pequeños: «Pan y fruta.» El octavo día de abril estaba aún marcado con un ocho, pero sin ninguna indicación de gastos; en lugar de ella aparecían escritas con lápiz estas palabras: «¡A los veinte años! ¡Dios mío!»

Comentando aquellos números y aquellas palabras, el abogado se había puesto pálido; mas de pronto le asaltó la sospecha de que tal vez se hubiese puesto allí el retrato á propósito para que llegase á sus manos. Entonces pasó al comedor, hizo aquella pregunta, y en vista de la turbación de Amalia, lo indagó y lo averiguó todo.

— ¡Conque no es una superchería!, dijo para sí apenas se quedó solo. ¡Este retrato ha venido á parar aquí por casualidad! ¡Este escrito dice la verdad! ¡Ese joven no tenía dinero, no podía haber robado, era inocente; y yo le he ofendido, humillado, arrojado de mi casa, condenado á la miseria y al hambre! Es preciso encontrar á ese desgraciado, añadió con acento conmovido y levantándose. Es forzoso ir á buscarle pronto, adondequiera que esté.

Al llegar aquí se detuvo, pasándose la mano por la frente, y dijo: «Pero ¿quién me da la prueba, la seguridad entera y absoluta de que me he engañado? ¿Qué fué del billete? ¿Quién pudo haberlo cogido sino él?»

Y se volvió á sentar pensativo. «Tal vez cayese al fuego, añadió al poco rato. Tal vez se quemara mientras yo salí del despacho.»

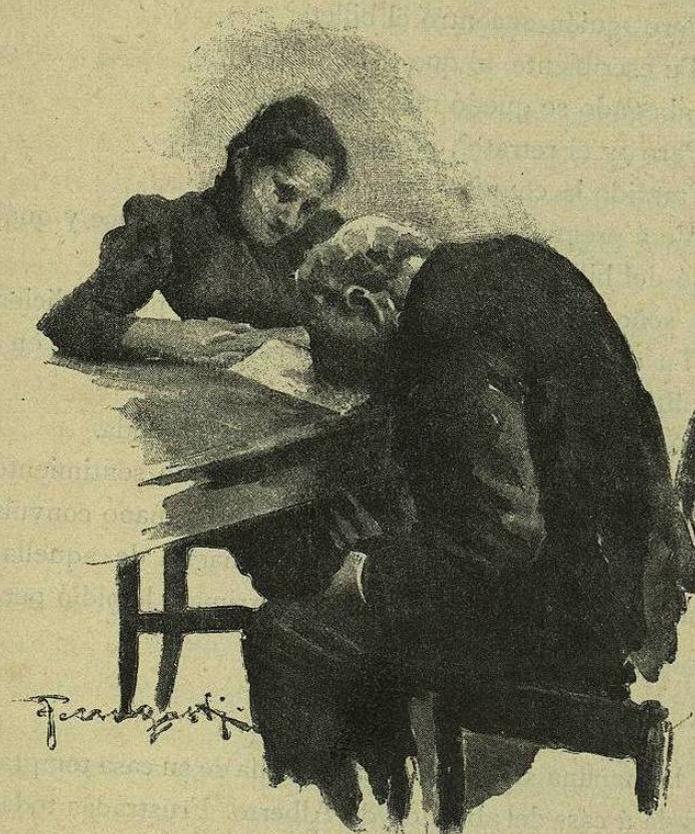
La palabra «quemara» le trajo á la memoria lo dicho por Amalia, el joven que había acompañado á Carlota, el amigo, el Banco... y le asaltó una vaga sospecha.

Se levantó para ir á llamar á la niña; pero en aquel momento entró su mujer.

— Oye, le dijo ésta sonriendo, he hablado con Carlota y le he preguntado quién era el joven que se toma la molestia de acompañarla cuando lleva á paseo á la niña. No se ha turbado poco ni mucho y me ha contestado con admirable desparpajo que ese joven es un hombre de bien, y para probarme

que así es en efecto, me ha dicho que es íntimo amigo de un escribiente tuyo que goza de tu mayor simpatía.

— ¿Qué escribiente?, preguntó el abogado.



¡Ah!, exclamó el abogado, ya no queda duda

Su mujer pronunció el nombre del antiguo compañero de Alberto.

— También le he preguntado qué era lo del billete, y me ha contestado que lo sucedido era tal como Amalia lo había contado; pero que tampoco veía en ello ningún mal, porque el

billete había sido encontrado en una calle, y aquel joven, antes de llevarlo á cambiar, había buscado inútilmente á su dueño.

— Pero ¿quién encontró el billete?

— Tu escribiente, el que te he dicho.

El abogado se quedó más pensativo.

— Pero ¿y el retrato?, preguntó la señora.

Su marido la contestó de pronto:

— Ve á preguntar á Amalia cuánto tiempo hace y qué día le habló del billete aquel sujeto.

La señora salió, y á poco se asomó á la puerta diciendo:

— Tu escribiente predilecto hizo cambiar el billete en uno de los últimos días de marzo.

— ¡Ah!, exclamó el abogado, ya no queda duda.

Así diciendo, dominado por un repentino sentimiento de compasión y remordimiento, dió vueltas con mano convulsa al retrato, y luego, fijando la vista en la imagen de aquella pobre madre, dejó caer sobre ella una lágrima y le pidió perdón.

## XI

A la mañana siguiente Ricardo salía de su casa temprano y se dirigía á casa del abogado de Alberto. Frustradas todas sus esperanzas de encontrar una colocación para el pobre joven, pensó que tal vez fuese mejor el intentar que le admitiesen de nuevo en el bufete, proporcionándole así, con el sustento que tanto necesitaba, una reparación de honor á la cual tenía derecho.

El abogado, iba pensando por el camino, no ha encontrado el billete, pues de lo contrario, Alberto me asegura que habría reparado el error. Se podría, pues, hacerle creer que lo ha encontrado mucho tiempo después, hoy mismo, otro

empleado del bufete con el cual me pondré de acuerdo para inventar alguna historieta verosímil. Si el verdadero billete ha caído en manos de alguien, éste no vendrá por cierto á decirnos: «Lo he encontrado yo, sois unos impostores,» porque si hasta ahora no lo ha devuelto, no podrá ya devolverlo. Pero es menester encontrar quien se preste al engaño. ¿Y quién se negará cuando yo vaya y le diga: «Doy á usted mi palabra de honor, y todos mis amigos están dispuestos á dársela también, de que ese joven no puede haber robado?» Y además..., además, si la cosa no sale bien, siempre convendrá que el abogado sepa que ese desgraciado joven tiene quien lo aprecie y quien lo cree inocente.

Era un día húmedo y triste que parecía presagiar una semana de lluvia. Al llegar á la plaza de la Catedral, Ricardo vió agolpada mucha gente alrededor de la torre del Giotto, particularmente junto á las dos cancelas que cierran el espacio entre la torre y la iglesia. Sin acercarse, preguntó á un transeunte qué había sucedido.

— Que se ha tirado un hombre desde lo alto del campanario, contestó el interpelado, con ese acento forzado de lástima y esa sonrisa de complacencia satánica que en tales ocasiones se ve en la cara de la mayor parte de los curiosos.

— ¿Y ha muerto?, preguntó Ricardo.

— ¡Figúrese usted!, respondió el otro sonriendo. Se ha destrozado. Hay un lago de sangre. Vaya usted á verlo.

Ricardo siguió adelante sin hacer caso de semejante invitación, pero aún no había dado diez pasos cuando retrocedió presuroso y preguntó al mismo individuo:

— ¿Y quién es ese hombre que se ha matado?

— Dicen que un tal Rivarolo, un empleado, hombre de unos cuarenta años: ¡si viese usted qué desfigurado está! Da